

Pietro PARENTE, *La crisi della verità e il Concilio Vaticano II*, Rovigo, Istituto Padano di Arti Grafiche, 1983, 176 pp., 12 x 19.

El Cardenal Parente, muchos años profesor de Teología Dogmática y Rector de la Universidad Lateranense en Roma, se propone en este ensayo reflexionar sobre el sentido que ha tenido dentro de la historia de la Iglesia el Concilio Vaticano II. Su análisis se centra en el concepto de *verdad*, porque en el gesto de Cristo que da testimonio de la verdad con su vida y con sus palabras, con su sangre y con su resurrección, «se halla la síntesis de la historia del mundo de principio a fin» (p. 9). El Vaticano II, que tiene directamente un carácter pastoral, «se presenta, a pesar de todos los abusos habidos en su interpretación, no sólo como pastoral sino también como doctrinal» (p. 15). De ahí su importantísimo papel ante la crisis contemporánea de la verdad, consumada en el plano filosófico bajo formas de inmanencia y pragmatismo. Un Concilio que se propuso activar la evangelización del mundo contemporáneo no podía estar de espaldas a esa crisis de la verdad que afecta hondamente al hombre de hoy, máxime cuando el cristianismo no sólo «es grandioso como mensaje de amor, sino que ante todo es el mensaje de la Verdad» (p. 16).

Los cuatro primeros capítulos de la obra son una historia reflexiva de los antecedentes eclesiales del Concilio, de su desarrollo y de las vicisitudes doctrinales del postconcilio. Uno de los antecedentes examinados más detenidamente es la época de la Encíclica *Humani generis* de Pío XII. Narrando esa historia reciente Parente aporta al respecto un dato poco mencionado en las historias del Vaticano II, del cual es testigo inmediato: «Poco después del año 1950, Pío XII constituyó una Comisión en el Santo Oficio para la preparación de un Concilio. Se comenzó a trabajar y yo, como miembro de la Comisión, fui encargado de redactar una Carta dirigida a todos los obispos sobre este tema. Pero, como es sabido, tras algún tiempo el Sumo Pontífice enfermó y confió al Card. Ottaviani la decisión de suspender todo, dejando el posible Concilio a su sucesor» (p. 25).

Veinte años después del Vaticano II es posible reflexionar con serenidad sobre su sentido, superando ese «fenómeno antipático» al que tantos católicos fueron sometidos en años pasados: presentar las cosas como si sólo hubiera dos actitudes posibles ante el Concilio: un conservadurismo rígido que lo rechaza como opuesto a la Tradición y un progresismo que aspira realmente a superar el Concilio en nombre del Concilio. «Nosotros —concluye— no damos la razón ni a unos ni a otros y creemos que el Espíritu Santo ha guiado a los Padres conciliares de forma que los documentos del Concilio, en continuidad con el filón esencial de la Tradición, abren con valentía y prudencia vías nuevas para una sana renovación de la Iglesia en su doctrina y en su vida, sin comprometer su identidad» (p. 39). Ese fue el auténtico *aggiornamento* que la Iglesia se propuso: «rejuvenecimiento de la Iglesia, despertando a una conciencia más viva de su misión, abriéndose valientemente al mundo con el fin de conquistarlo para Cristo (...). El

Vaticano II tiene un significado histórico relevante porque ha liberado a la Iglesia del polvo de siglos, devolviéndola su primitiva *facies decora* y la vibración de una vida más espontánea, libre de geométricos formalismos y de viejas y pesadas superestructuras que querían hacer de ella una aislada torre de marfil» (pp. 39-40).

El periodo postconciliar, sin embargo, contempla fenómenos preocupantes de infidelidad al Evangelio de Cristo y del Concilio. El Autor cita unas palabras de H. De Lubac escritas en 1971: «Todo el mundo sabe ya lo que ha sucedido tras el Concilio: los viejos gérmenes de disolución ganan en virulencia; se impone a la opinión pública como única interpretación auténtica del espíritu del Concilio una cierta agitación preconiliar (...); la apertura al mundo que hay que evangelizar se reduce a una mediocre modernización, a veces escandalosa; muchos sacerdotes y religiosos pierden la conciencia de su identidad y también de su misión (...); el desprecio de la Tradición que había exaltado el Concilio; la arrogancia de los teólogos que imponen a la Iglesia sus opiniones tiránicamente, tanto más cuando son opiniones apresuradas y arbitrarias; pequeños grupos de presión que, desde medios de comunicación, intimidan a los obispos; una campaña insidiosa contra el Papa; y bajo la máscara de luchar contra el dogmatismo, un rechazo de lo dogmático, es decir, de la fe cristiana...» (cfr. p. 78).

El Card. Parente trata de arrojar alguna luz sobre esa situación crítica de la teología y de la situación intelectual de tantos católicos, reflexionando sobre algunos puntos de la situación cultural del mundo con el cual dialoga la Iglesia. Su conclusión es la necesidad de mantener desde la fe eclesial un concepto crítico de *inculturación*, de *libertad* y de *pluralismo teológico*, para evitar la subversión de la fe verdadera desde filosofías enemigas del concepto mismo de la verdad, que aplastan la verdad en aras de la libertad y tratan de destruir la Iglesia como *communio veritatis*. Parente se detiene en las líneas maestras que regulan las relaciones fe-cultura según *Gaudium et Spes*, nn. 53-62. Por último analiza brevemente las grandes novedades del Concilio: la llamada universal a la santidad, la colegialidad episcopal, etc.

En definitiva, el Autor concluye que el Concilio ha sabido afrontar la crisis cultural contemporánea —la crisis de la verdad— con un criterio nuevo: «ha creado un método nuevo, un modo nuevo de tratar de transmitir la verdad divina» (p. 171): «a saber, considerando la Verdad cristiana no en abstracto y sistemáticamente, sino de modo vital, en vivo contacto con la realidad en marcha. El Concilio confirma sustancialmente el patrimonio tradicional de la Iglesia, pero lo considera de nuevo integrándolo en las exigencias de la nueva mentalidad moderna. Se trata de una empresa arriesgada, pero que ha sido llevada a cabo sin desastres» (p. 167). Se afrontan las exigencias del diálogo ecuménico y del diálogo con la cultura, el pluralismo legítimo, pero «salvando en toda interpretación y expresión de la Verdad, la identidad de la Palabra de Dios, que no cambia ni pasa» (p. 172).

En definitiva, este libro de Parente, si bien trae a colación momentos dolorosos y situaciones críticas de la historia eclesial reciente, acaba en esperanzado impulso evangelizador; el Evangelio de salvación en Cristo «es el mensaje inspirado del Concilio Vaticano II, lanzado al tercer milenio cristiano, para que, una vez superada la trágica crisis que ha descompuesto al mundo y a la Iglesia, se realice una reconquista de los hombres para Cristo, que sea encuentro y contacto personal, consciente y fecundo, de una vida nueva hecha de Verdad, de Amor...» (p. 176).

José Miguel ODERO

Casiano FLORISTÁN y Juan-José TAMAYO (eds.), *El Vaticano II, veinte años después*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1985, 475 pp., 16 x 24.

Integran esta obra colectiva quince colaboraciones de teólogos españoles —excepto la última, firmada por G. Girardi— repartidas en cuatro secciones: Significación del Vaticano II; Nueva conciencia eclesial; Planteamientos teológicos; y Cuestiones fronterizas. La colaboración de J. Ma. Rovira Belloso —*Significación histórica del Vaticano II*— abre el volumen y es, sin duda, la más ponderada, complexiva y valiosa. Remontándose a un estudio del *Syllabus*, Rovira ilustra lo específico y novedoso del Vaticano II en cuanto temática, actitud y estilo pastoral, luego analiza los documentos conciliares en sus temas más importantes. En todo momento, se muestra consciente del carácter complejo, divino y humano, de la Iglesia que el Concilio desea renovar; y evita por ello la tentación de interpretar el Concilio desde una simplista oposición dialéctica entre renovación y tradición: «El Concilio Vaticano II —afirma Rovira— es un gran bien para la Iglesia, ya que ha servido y servirá para corregir su relación con el mundo y para centrar su vida en el misterio de Cristo latente en ella. Por eso, en el surco del evangelio y de la tradición apostólica que arranca del pasado y mira al futuro, ha de ser *libro de ruta* para la Iglesia de hoy» (p. 45).

El resto de las colaboraciones no tendrán ya pretensiones de estudios globales. Algunas por ceñirse a cuestiones más concretas, otras por adoptar un tono más informal y ensayístico. En esta categoría clasificaríamos las páginas de A. Duato —*Retos a la Iglesia española a los veinte años del Concilio*—, que quieren ser un programa esquemático de acción pastoral para el futuro inmediato. Escrito a vuelapluma parece también el artículo de J. M. González Ruiz, *El Vaticano II: Reforma y restauración*, que entreteje algunos recuerdos personales del Concilio con otras anécdotas de política eclesiástica.

Análisis descriptivos de historia de la teología reciente se hallan insertos en los trabajos de J. M. Castillo, *La teología después del Vaticano II*; A. Torres Queiruga, *La cristología después del Vaticano*